

Sin duda Pedro Herbel había pedido á su compatriota que le proporcionase una sierra: el cirujano se lo había prometido y había cumplido su palabra.

Cuando el parisiense concluyó sus suposiciones, Pedro Herbel indicó con un movimiento de cabeza que todas ellas eran ciertas.

Uno de los lados de la tronera estaba serrado.

Faltaba el otro.

El reloj dió la una

— Bueno, dijo Herbel, nos quedan aún cinco horas de noche.

Y se puso de nuevo á trabajar con un afán de buen augurio para el éxito de la empresa.

## CAPÍTULO VII.

### UNA EVASIÓN.

Al cabo de una hora el trabajo estaba concluido y el pedazo de madera aserrado se mantenía unido imperceptiblemente á la carena.

El menor esfuerzo bastaba para separarlo.

Cuando llegó á este resultado, Pedro Herbel se detuvo.

— ¡ Atención! dijo, que cada, cual haga un lío de su pantalón y de su camisa y lo coloque á la espalda sujeto por los tirantes como hace la infantería con sus mochilas. En cuanto al vestido, en atención al color y á la marca que tiene, nos privaremos de él.

Los vestidos de los prisioneros eran amarillos y estaban señalados con una T y una O.

Obedecieronle en silencio.

— Ahora, continuó, aquí hay seis bastones de diferentes tamaños, al que le toque el más largo, será el primero que se tire al agua y así los demás.

Echaron suertes y tocó á Pedro Herbel tirarse el primero y al parisiense el último.

— Estamos dispuestos, dijeron los seis marineros.

— Primero un juramento.

— ¿Cuál?

— Es posible que algún centinela haga fuego contra nosotros.

— Es más que probable, contestó el parisiense.

— Si no tocan á nadie, mejor, pero si alguno es tocado...

— Tanto peor para el que lo sea, dijo el parisiense; mi padre, que era cocinero, decía que no se hacían tortillas sin romper huevos.

— No basta sin embargo; vamos á dar nuestra palabra de que el que sea herido no lanzará un grito, se separará en el instante de sus camaradas, nadará á derecha ó izquierda, y cuando sea cogido dará señas falsas.

— ¡ Á fe de franceses! respondieron los prisioneros extendiendo la mano.

— ¡ Entonces! ¡ que Dios nos guarde!

Pedro Herbel hizo un esfuerzo, atrajo hacia sí el pedazo de madera serrado y descubrió una abertura á través de la cual podía pasar cómodamente el cuerpo de un hombre.

Después, con ayuda de la sierra trazó dos grandes ranuras verticalmente á tres pulgadas una de otra, hizo una especie de mortaja en la cual enterró y afirmó la extremidad

de la cuerda compuesta de corbatas y mangas de camisa, que debía servir para descolgarse los prisioneros hasta el mar; al extremo de la cuerda hizo un nudo, de manera que éste, no pudiendo pasar por la abertura, opusiera la resistencia necesaria para sostener el cuerpo de un hombre; en seguida se colgó del cuello un frasco de ron suspendido de un cordoncillo; hizo por último que le atasen á la muñeca izquierda un cuchillo abierto, y dejándose deslizar hasta el mar, desapareció en él para no volver á aparecer hasta más allá del círculo luminoso proyectado por la linterna que ardía en la galería exterior donde se paseaba el centinela.

Hijo del Océano, Pedro Herbel, educado entre las olas como un ave marina, era excelente nadador.

Así que, atravesó sin esfuerzo, sumergido en las olas, las quince ó veinte brazas sobre las que se extendía el rayo luminoso, y volvió á aparecer en medio de la obscuridad.

Sólo que en vez de continuar su camino se detuvo y esperó á sus compañeros.

Al cabo de un instante rompióse la superficie del agua á algunos pasos de él, y la cabeza del segundo prisionero apareció sobre las olas.

Después la del tercero.

Después la del cuarto.

De repente una luz iluminó las olas y resonó una detonación.

El centinela acababa de hacer fuego.

No se oyó ningún grito, pero nadie apareció.

Sólo que inmediatamente se oyó el ruido de un cuerpo que caía al agua, y al cabo de tres minutos abriéndose el mar dejó ver el rostro astuto y burlón del parisiense.

— ¡ Adelante ! dijo ; no hay tiempo que perder, el número cinco es el tocado.

— Seguidme, dijo Pedro Herbel, y tratemos de no separarnos.

Á estas palabras los cinco fugitivos, guiados por Pedro Herbel, se dirigieron en cuanto les era posible hacia el mar.

Á sus espaldas, á bordo del pontón que acababan de abandonar, reinaba gran confusión.

El tiro del centinela había esparcido la alarma; tiráronse cinco ó seis tiros al aire, los fugitivos oyeron silbar las balas, pero todos ellos escaparon ilesos.

Una barca fué botada con la rapidez que se ejecutan esta clase de operaciones: cuatro remeros se precipitaron en ella: cuatro soldados y un cabo les siguieron con el fusil cargado y la bayoneta calada, y la barca emprendió la persecución de los fugitivos.

— Dispersaos si queréis, dijo Pedro Herbel, y que Dios nos ayude.

— ¡ Bueno ! respondió el parisiense; eso será nuestro último recurso.

La barca se deslizaba velozmente sobre las olas.

Un marino colocado en la proa iluminaba con una antorcha los alrededores de la barca.

Ésta avanzaba recta sobre los fugitivos.

De pronto, á la izquierda, se oyó un grito.

Se hubiera dicho que era el quejido de un espíritu del mar.

Los remeros se detuvieron: la barca paró.

— ¡ Socorro !... ¡ socorro !... ¡ que me ahogo ! gritó una voz sofocada.

La barca viró á babor, y cambiando de dirección se encaminó al sitio de donde venía la voz.

— ¡ Nos hemos salvado ! dijo Herbel; el bravo Mateo,

viéndose herido, ha tomado á la izquierda y se lleva hacia allá á los que nos persiguen.

— ¡ Viva el número cinco ! dijo el parisiense ; en cuanto me halle en tierra prometo beber un trago á su salud.

— Basta de hablar y adelante, dijo Pedro Herbel ; todos necesitamos de la fuerza que nos resta y no es cosa de gastar la pólvora en salvás.

Continuaron avanzando : Herbel formaba la cabeza de la columna.

Después de diez minutos de silencio, durante los cuales podrian haber nadado un cauto de milla :

— ¿ No os parece, dijo Herbel, que es cada vez más difícil el nadar por aquí ? ¿ Será que yo me canso, ó habremos derivado hacia la derecha ?

— ¡ Á la izquierda ! ; á la izquierda ! dijo Pedro Herbel : hemos dado en la barra.

— ¿ Quién me socorre ? dijo uno de los nadadores, estoy cogido.

— Dame la mano, camarada, dijo Herbel ; que los que puedan nadar tiren de nosotros.

Herbel se sintió cogido por el brazo ; una violenta sacudida le hizo derivar á la izquierda, y arrastró consigo al prisionero que se ahogaba.

— ¡ Oh ! á fe mia, dijo éste hallándose en agua más limpia y clara : esto ya es diferente. Morir ahogado, pase, porque es la muerte de un marino ; pero morir ahogado en el lodo es una muerte muy sucia.

Doblaron un pequeño cabo y distinguieron una luz.

— ¡ El fuerte Fortón ! dijo Herbel : nademos hacia este lado : las aguas de la barra quedan al Oeste : por aquí tenemos dos leguas de mar, pero ya hemos dado paseos más largos que éstos cuando no se trataba de nuestra vida.

En este momento un cohete seguido de un cañonazo salió del pontón *El Rey Jorge*.

Esta doble señal anunciaba una evasión.

Cinco minutos después otro cohete y otro cañonazo salieron del fuerte Fortón.

Después dos ó tres barcas cada una con su antorcha en la proa se lanzaron al mar.

— ¡ Á la derecha ! ; á la derecha ! dijo Pedro Herbel, ó llegarán á tiempo de cortarnos el paso.

— ¿ Pero y la barra ? preguntó una voz.

— La hemos pasado ya, replicó Herbel.

Nadaron silenciosamente durante cinco minutos apoyando á la derecha.

El silencio era tan grande, que se oía la respiración de uno de los nadadores que se ahogaba.

— ¡ Eh ! dijo el parisiense, si hay algún buen marino entre nosotros que lo diga.

— Soy yo, que me canso, dijo el número tres ; me falta la respiración.

— Haz la plancha, dijo Herbel ; yo te empujaré.

El fugitivo se volvió de espaldas y consiguió descansar algunos momentos en esta posición.

Á poco se volvió.

— ¿ Has descansado ? preguntó el parisiense.

— No ; pero esta agua está helada y tengo frío.

— El caso es que no está á treinta grados, dijo el parisiense.

— Espera, dijo Herbel ; nadando con una mano y alargando con la otra al número tres su frasco de ron

— Me es imposible, dijo éste, beber y nadar al mismo tiempo.

El parisiense le sostuvo :

- Vamos, bebe, le dijo : te sostendremos.  
 — ¡ Ah ! dijo el número tres, esto me devuelve la vida. Y devolvió el frasco á Herbel.  
 — ¿ Y el parisiense, no gana nada por su trabajo ?  
 — Bebe pronto, le dijo Herbel, y no perdamos tiempo.  
 — Nunca se pierde tiempo cuando se bebe, dijo el parisiense.

Y á su vez tragó uno ó dos sorbos del licor alcohólico.  
 — ¿ Quién más quiere ? dijo levantando el frasco por encima del agua.

Alargaron los otros dos fugitivos la mano y cada cual á su vez bebió para recuperar las fuerzas y el calor perdido.

Volvió el frasco á Pedro Herbel, que lo colgó de nuevo de su cuello.

- ¿ Y tú, no bebes ? le preguntó el parisiense.  
 — Tengo todavía calor y fuerza : guardo lo que queda para el que esté más cansado que yo.  
 — ¡ Oh, gran pelicano blanco ! dijo el parisiense, te admiro, pero no te imito.  
 — ¡ Silencio ! dijo el número cuatro ; oigo hablar junto á nosotros.  
 — Y hablan bretón ; Dios los confunda, añadió el número tres.

— ¿ Cómo ha de haber bretones en el puerto de Porstmouth ?

- Silencio, dijo Herbel, y acerquémonos cuanto sea posible á ese punto negro que hay delante de nosotros y que me parece que es una balandra.  
 — En efecto, la voz viene de allí.  
 — Silencio pues.  
 — ¡ Silencio !

Todos callaron, y se oyó el ruido de los remos que azotaban la mar.

- Cuidado con la barca, dijo uno de los fugitivos.  
 — ¿ No llevan luz ?  
 — No pueden vernos.

En efecto, pasó á diez brazas de los fugitivos sin distinguirlos.

Al pasar continuó hablando con la balandra.

— Cuidado con dormirse, Pitcaern, decía una voz ; dentro de dos horas volveremos con el dinero.

— Descuidad, dijo una voz á bordo, que era sin duda la de Pitcaern : volveré sin dormirme.

— Pero, ¡ fuego de Dios ! ¿ cómo es que hay compatriotas en el puerto de Porstmouth ? dijo el número tres.

— Yo te lo explicaré dentro de poco : ahora estamos en salvo, contestó Herbel.

— Trata de que lo estemos pronto, porque en verdad ya no me siento, tal es el frío que tengo, dijo el número tres.

— Ni yo tampoco puedo aguantar más, añadió el número cuatro.

— Paciencia, dijo Herbel ; quedaos aquí sin avanzar ni retroceder, y dejadme á mí.

Y hendiendo las olas como un delfín, se adelantó en dirección de la balandra.

Los cuatro fugitivos se acercaron cuanto pudieron unos á otros, y escucharon atentos, prontos á lo que pudiera ocurrir.

## CAPÍTULO VIII.

## UN COMPATRIOTA.

Hé aquí lo que nuestros cuatro fugitivos, pudiendo apenas sostenerse en el agua, vieron y oyeron á pesar de estar tiesos y helados como si fuesen besugos.

Al pronto vieron desaparecer á Pedro Herbel en medio de la obscuridad, que hacía aún más espesa la sombra que proyectaba la balandra.

Después oyeron este diálogo en bajo-bretón que dos de los nadadores, el uno de Saint-Brieuc y el otro de Quimperlé, tradujeron á sus compañeros.

Era evidentemente Pedro Herbel quien le provocaba.

— ¡ Ah de la barca ! ¡ Socorro !...

Una voz que se reconoció ser la de quien antes había hablado, respondió :

— ¿ Quién pide socorro ?

— Un camarada, un compatriota del país de Gales.

— ¡ Del país de Gales ! ¿ de qué parte del país de Gales ?

— De la isla de Anglesea : ¡ pronto ! ¡ pronto ! ¡ socorro ! ¡ que me ahogo !

— ¡ Socorro !... ¡ socorro !... eso se dice muy bien ; pero ¿ qué haces tú ahí en medio del puerto ?

— Soy marinero á bordo del navío inglés *La Corona*, me han castigado injustamente, y he desertado.

— ¿ Qué quieres ?

— Descansar un momento y recobrar fuerzas para llegar á tierra.

— ¿ Y por qué me he de exponer yo á ser preso por un hombre que no conozco ? Pasa de largo.

— ¡ Pero si me ahogo !... ¡ te digo que me ahogo !...

Y se oyó la voz del nadador entrecortada por la ola que pasaba por encima de su cabeza.

La escena estaba tan bien representada, que los fugitivos creyeron por un momento que su camarada se ahogaba y se acercaron algunas brazas á la balandra.

Pero pronto se oyó la voz de nuevo.

— ¡ Á mí ! decía ; me dejará perecer un compatriota, cuando para salvarle no tienes más que tirar un chiqote... una cuerda...

— Vamos, vuelve á habor.

— ¡ Oh, Dios mío !... ¿ no eres Pitcaern ?

— Si tal que soy yo, dijo el marinero admirado. ¿ Y tú, quién eres ?

— ¡ Qué sé yo !... ¡ La cuerda ! ¡ la cuerda !... ¡ que me ahogo !... ¡ la cuer !...

Por segunda vez la ola pasó por encima de la cabeza del nadador.

— ¡ Pardiez ! ahí tienes la cuerda... ¿ La has cogido ?

Oyóse el gruñido de un ahogado que quiere responder, pero cuyas vías respiratorias están obstruidas por el agua.

— ¡ Ah ! ¡ bueno ! dijo Pitcaern ; no sueltes el cabo. Me parece que no eres un gran marino : si hubiera sabido esto, hubiéramos hecho embarcar una butaca con ruedas para izar á este caballero á bordo.

Pero apenas tuvo tiempo el marinero bretón para acabar su chiste, pues Herbel, que acababa de saltar sobre la obra muerta de la balandra, se había agarrado á su amigo Pitcaern, lo había derribado sobre el puente, y poniéndole su cuchillo á la garganta, gritaba en francés á sus compañeros :

— ¡ Á mí, camaradas ! subid por babor : nos hemos salvado.

Los fugitivos no se hicieron repetir por dos veces la orden, aproximáronse nadando lo más aprisa posible, y en un momento los cuatro se hallaron en el puente de la balandra.

Herbel continuaba teniendo á Picaern bajo la rodilla y amenazándole con el cuchillo.

— Atadme y empaquetadme á este buen mozo, dijo Herbel, pero sin hacerle daño.

Y añadió volviéndose á Pitcaern :

— Es preciso que nos perdones esta pequeña superchería : no somos desertores ingleses, sino franceses que nos escapamos de los pontones : te embargamos tu balandra para dar la vuelta á Francia, y una vez en Saint-Malo, ó en Saint-Brieuc, serás libre.

— ¿ Pero cómo es que la tripulación de una balandra inglesa habla bajo-bretón ?

— No es la tripulación de una balandra inglesa la que habla bajo-bretón, sino nosotros los que hablamos el gaélico.

— Pues estoy tan enterado como antes, dijo el parisiense.

— ¿ Quieres una explicación más minuciosa ? preguntó Herbel atando á Pitcaern con gran cuidado.

— No me desagradaría en verdad, lo confieso.

— Pues bien, voy á decirte lo que sobre esto me enseñaron en el colegio.

— Escucho.

— Los ingleses del país de Gales son ni más ni menos que una colonia de bajos-bretones que emigró de Francia hará unos ochocientos á novecientos años, y que ha con-

servado pura é intacta la lengua materna : hé aquí por qué los de Gales hablan el bajo-bretón, y por qué los bajo-bretones hablan el dialecto del país de Gales.

— Lo que es el haber estudiado, dijo el parisiense : Herbel, tú llegarás á ser un día almirante.

Durante esta conversación habían acabado de atar y liar á Pitcaern.

— Ahora, dijo Herbel, tratemos de calentarnos, secar los vestidos y ver si no hay en esta bienaventurada balandra algo que mascar, para estar prontos á dejar el puerto al rayar el día.

— ¿ Por qué no en seguida ? preguntó el parisiense.

— Porque nadie sale del puerto, amigo parisiense, hasta que el navío almirante abra la puerta con un cañonazo.

— Es cierto, respondieron en coro los fugitivos.

Colocóse uno de los cuatro compañeros de vigía sobre el bauprés y los otros tres fueron á reanimar el fuego que estaba medio apagado en el fogón.

Desgraciadamente los vestidos mojados con agua del mar no se secan fácilmente.

Buscaron por todos lados y hallaron camisas, pantalones y blusas pertenecientes á los amigos de Pitcaern.

Vistiéronse como pudieron y oyeron á poco la voz del vigía que gritaba :

— ¡ Abajo !... ¡ Todo el mundo sobre el puente !

En un instante los tres compañeros estuvieron en el sitio adonde se les llamaba.

No les hacían ir sin motivo.

Veíanse acercarse tres ó cuatro puntos luminosos, que á medida que avanzaban tomaban la forma de barcas cargadas de soldados.

Estas barcas iban haciendo una batida por el puerto.

— Vamos, dijo Pedro Herbel: no escapamos a esta visita, y es menester pagarla lo más audazmente posible. Quitadme del medio al amigo Pitcaern.

— ¿Le arrojamos al agua? preguntó uno de los fugitivos.

— No: ocultarle sólo de modo que no se le encuentre.

— Dime, Pedro, dijo el parisiense, si le ocultamos en una hamaca tapándole con una manta, no se verá que está atado; diremos que está enfermo y tendremos la ventaja de poder disponer de un pantalón, una chaqueta y una blusa, que heredará uno de nosotros, pues que un enfermo no se acuesta vestido.

La proposición pasó por unanimidad.

— Ahora, dijo Pedro Herbel, que los que hablan bajo-bretón se queden conmigo sobre el puente, y que los otros vayan á hacer compañía á Pitcaern; yo me encargo de todo.

Cuando Herbel decía que se encargaba de todo, se podía confiar en él: así que, el parisiense y otro bajaron llevándose á Pitcaern, en tanto que Herbel y los dos bretones esperaban la visita.

Ésta no se hizo esperar.

Una de las barcas se dirigió hacia la balandra

Pedro Herbel, para que se le viera bien, subió sobre la obra muerta.

— ¡Ah de la barca! gritó el capitán que mandaba la escuadrilla.

— ¡Presente! respondió en bajo-bretón Pedro Herbel.

— Vaya, dijo el capitán, tenemos que habérmolas con marineros del país de Gales; ¿hay alguno que hable la lengua de esos salvajes?

— Yo, mi oficial, respondió un soldado; soy de Caermarten.

— Entonces pregunta.

— ¡Ah de la barca! gritó el soldado en gaélico.

— ¡Presente! repitió Herbel.

— ¿Quién sois?

— La *Bella Softa*, de Pembroke.

— ¿De dónde venis?

— De Amsterdam.

— ¿Qué cargamento traéis?

— Granos.

— ¿No habéis visto cinco prisioneros franceses escapados de los pontones?

— No, pero si los vemos, descuidad.

— ¿Qué les haréis?

— Les trataremos como merecen.

— ¿Qué dice? preguntó el capitán.

El soldado tradujo el diálogo.

— ¡Está bien! dijo el oficial; ¡mueran los franceses y viva el rey Jorge!

— ¡Hourrah!... respondieron los tres bretones.

La barca se alejó.

— ¡Buen viaje! dijo Pedro Herbel; y ahora, como dentro de media hora amanecerá, levemos anclas y aparejemos.

## CAPÍTULO IX.

EN DONDE SE DA UNA FIESTA Á PITCAERN Y ES EN EL MOMENTO EN QUE ÉL LO ESPERA MENOS.

Nuestros cinco fugitivos pasaron una hora en las angustias más crueles; por fin, una línea gris se dibujó hacia Oriente, esto es, lo que se llama en la Inglaterra la aurora.

Casi al mismo tiempo una repentina claridad seguida de una detonación, que rodó sobre las olas y fué á estrellarse en la playa, apareció en los costados de un majestuoso navio de tres puentes, que semejante á una fortaleza móvil guardaba la entrada del puerto.

Esta era la señal para la balandra de zarpar.

No aguardó un segundo permiso.

Izó el pabellón de la Gran Bretaña y pasó á tiro de pistola del navio almirante.

Al pasar, Herbel, de pie sobre la obra muerta y agitando su sombrero, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

— ¡Hurra por el rey Jorge!

Ordinariamente la comida á bordo de la balandra no era opipara; sin embargo la de los cinco prisioneros, comparada con la que les daban en los pontones, era un verdadero festín.

Hagámosles también la justicia de decir que hacían á Pitcaern tomar parte con ellos en cada uno de estos festí-

nes

Pasado el peligro, pasó también el rigor que con él usaron.

Habíanle desliado y desatado, y Pedro Herbel había vuelto á empezar sus lecciones de historia kymrica á sus compañeros.

Pitcaern había comprendido, pero esto no le había consolado.

Sólo que en desquite prometía desconfiar desde entonces de los que le hablaban el dialecto gaélico.

Cada vez que divisaban un buque, obligaban á Pitcaern á bajar al entrepuente.

Y con frecuencia tenían buques á la vista.

Pero el buque era de construcción inglesa, y navegaba con un velamen enteramente británico: llevaba en el asta-bandera los tres leopardos ingleses, el león de Escocia, la lira de Irlanda y hasta las tres flores de lis francesas, que no desaparecieron sino veinte años más tarde.

Tenían viento de popa, y maldita la cosa de que tenían que ocuparse.

Era imposible presumir que una nuececilla francesa se arriesgase así en medio de los cruceros ingleses, y nadie se imaginaba que cinco prisioneros franceses, al volver á su patria, caminasen como cinco marineros, tendidos tranquilamente en el puente y encargando al viento y á las velas que hicieran su oficio.

Al día siguiente por la mañana, es decir, veinticuatro horas después de su salida del puerto de Portsmouth, doblaron el cabo de la Hogue.

Tratábase de cerrar el viento y forzar de vela para no dar en los archipiélagos de las islas de Aurigny, de Guernesey y de Jersey, propiedad de la Inglaterra desde Enrique I, y guardianes incómodos de nuestras costas.

Cerraron al viento y caminaron línea recta hacia Beaumont.

Sería difícil expresar las sensaciones que agitaron el corazón de los prisioneros, cuando después de haber divisado á la Francia como una nube, vieron dibujarse más claramente sus colinas, sus puertos, sus costas y todas las irregularidades del litoral.

Después, cuando vieron aparecer sus blancas casitas con penachos de humo, quedaron tan absortos con aquel espectáculo, que hasta se olvidaron de arriar el pabellón inglés.

Una bala de cañón que cayó en el agua á cien brazas de la balandra les sacó de su éxtasis.

— ¡ Cáspita ! dijeron los franceses ; ¿ qué hacen ? ¿ Nos reciben á balazos ?

— ¡ No, pardiez ! No es contra nosotros contra quien tiran : es contra ese pedazo de tela azul.

Y arrió apresuradamente el pabellón.

Pero era demasiado tarde.

La *Bella Sofía* había sido señalada.

Además, á falta del pabellón británico, su marca y aparejo enteramente inglés la denunciaban como tal.

Pasa con la marina lo que pasa con los naturales de un pueblo.

Dejad á la más encantadora inglesa, aunque esté educada en Francia, en medio de un grupo de francesas, y la reconoceréis sólo en el modo de andar á la inglesa.

La balandra, pues, había sido doblemente reconocida por su pabellón y por su aspecto.

Resultó de aquí que aunque Herbel hizo arriar el pabellón, una segunda bala siguió á la primera, y cayó tan cerca de la *Bella Sofía*, que hizo saltar el agua hasta cerca del puente.

— Pues, señor, decididamente nuestros amigos no nos conocen, dijo el parisiense.

— ¿ Qué hacer ? preguntaron los otros.

— Avanzar, continuó Herbel, probablemente no habrá pabellón francés á bordo de la balandra, y nos sucederá otro tanto en cuantos puertos franceses arribemos.

— ¡ Vaya ! dijo el parisiense, no dejará de haber por aquí una servilleta, un mantel, ó un faldón de camisa.

— Sí, dijo Herbel, pero entretanto, hemos sido señalados como ingleses, y hé aquí una corbeta que apareja á toda prisa, y sin duda por causa nuestra. Dentro de diez minutos nos dará caza si la aceptamos, dentro de una hora nos habrá alcanzado y echado á pique. Conque el medio mejor de que no nos persiga es hacerles comprender que somos franceses. Adelante, pues, muchachos, y viva la Francia.

— ¡ Viva !

Este grito unánime fué lanzado á la par por los cinco compañeros, y continuaron maniobrando en línea recta sobre Beaumont.

Cesó el fuego por un momento.

Hubiérase dicho que los artilleros reflexionaban que una balandra enteramente sola no tenía muchas probabilidades de poder llegar á hacer un desembarco en la costa de Francia.

Pero al cabo de algunos minutos una nueva rociada, mejor dirigida esta vez, rompió una verga y descantilló la obra muerta de la *Bella Sofía*.

— Vamos, dijo Herbel, no hay que dudar, poned un trapo blanco cualquiera en la punta de un tope, y haced señal de que queremos parlamentar.

Hizose lo que mandaba Herbel.

Pero sea que no vieran el trapo blanco, sea que no creyesen en el parlamento, el fuego continuó.

Entretanto, Pedro Herbel se había desnudado.

— ¿Qué diablos haces? le preguntó el parisiense: ¿vas á mostrarles tu espalda? Pues á fe mía que esa no es un pabellón.

Al mismo tiempo, lanzándose desde el buque desapareció en el mar para reaparecer á veinte pasos de distancia.

Se dirigió nadando recto hacia el puerto.

Por su parte la balandra, puesta al paio, indicaba que ninguna intención tenía de alejarse de la costa.

A la vista de aquel hombre que se arrojaba al agua y de aquel buque que sin resistencia se entregaba, cesó el fuego.

Después se vió salir una barca al encuentro del nadador.

El contramaestre que la mandaba era casualmente uno de Saint-Malo.

Por una casualidad á que sólo las circunstancias daban doble valor, Pedro Herbel había recibido sus primeras lecciones de marinería bajo la dirección de aquel viejo lobo de mar.

Nadando, pues, le reconoció y le llamó por su nombre.

El marino levantó la cabeza, puso la mano delante de los ojos, y abandonando el timón corrió hacia la proa.

— Que Dios me confunda, dijo, si no es Pedro Herbel quien me llama.

— Él mismo, Pedro Berthaud, gritó Herbel; acabáis de lanzarme un juramento inglés, y no es así como se recibe á los amigos, y más aún á un discípulo. Buenos días,

compadre Berthaut, ¿cómo están vuestra mujer y vuestros hijos?

Y acercándose á la barca continuó:

— Os digo y juro por Nuestra Señora de Saint-Brieuc que soy Pedro Herbel, y que vengo de bien lejos.

Y al tiempo que esto decía saltó en la barca y mojado como estaba se arrojó en brazos del contramaestre.

Estaba la balandra tan cerca de la barca, que los cuatro compañeros de Herbel pudieron ver aquel abrazo filial.

— ¡Viva la Francia! gritaron á una.

El grito llegó hasta la canoa.

— ¡Viva! gritaron los marinos que acababan de recoger á Pedro Herbel.

— ¡Ah, ya! dijo el compadre Berthaut, ¿conque son amigos?

— Ya lo creo: juzgaréis por vos mismo, dijo Pedro Herbel.

É hizo seña á la balandra de que se acercase.

Los fugitivos no se hicieron repetir dos veces la orden.

En un abrir y cerrar de ojos el pequeño buque se cubrió de lona y se encaminó volando como un ave hacia el puerto.

Esta vez no al ruido de la mosquetería, sino á los gritos de ¡Viva el rey! ¡Viva la Francia!

Toda la población de Beaumont estaba en la playa.

Los cinco fugitivos abordaron.

Pedro Herbel besó la tierra, esa madre común, como hubiera hecho un romano.

Sus compañeros se arrojaron en brazos de los primeros que encontraron.

¿Qué importaba que fuesen los que fuesen? ¿no eran todos hermanos?

El parisiense se dirigía en particular á sus hermanos.

Entretanto el pobre Pitcaern miraba tristemente aquella alegría universal.

— ¡ Eh ! dijo el viejo Berthaut, ¿ quién es ese besugo, que no toma parte en la función ?

— Es, dijo riendo Pedro Herbel, el inglés que nos ha prestado su buque.

— ¡ Prestado ! dijo Berthaut ; un inglés que os ha prestado su buque. Que venga pues y le coronaremos de rosas.

Herbel detuvo á Berthaut, que en su entusiasmo quería abrazar á Pitcaern.

— ¡ Espera ! dijo Herbel ; nos le ha prestado como nosotros prestamos Jersey al rey Jorge : á la fuerza.

— ¡ Ah, ya ! eso es otra cosa, dijo Berthaut.

— ¡ Cabal ! contestó Herbel.

— ¿ Conque no sólo te escapabas, añadió Berthaut, sino que al escapar haces prisioneros ? Vamos, esto sólo á ti se te ocurre. Pescar un marino y una bonita balandra. Esta vale veinticinco mil libras como un ochavo : cinco mil francos cada uno.

— Pitcaern no es prisionero, dijo Herbel.

— ¿ Cómo que Pitcaern no es prisionero ?

— Que no : ni su balandra será por consiguiente vendida.

— ¿ Por qué ?

— Porque Pitcaern ha caído en un lazo, porque habla bretón y tiene buen corazón ; doble motivo para que le tratemos como á un compatriota.

— Después haciendo una seña al inglés, añadió en bajo-bretón :

— Ven acá, Pitcaern.

Pitcaern, como nada podía hacer mejor que obedecer, obedeció.

Pero tristemente y de mala gana y á regaña dientes, como el animal que acaba de encontrar á su amo.

— ¡ Eh ! dijo Herbel, que todos los que sean bajos-bretones vengan aquí.

Hizose un gran círculo.

— Amigos míos, dijo Herbel presentándoles á Pitcaern, hé aquí un compatriota á quien se trata de obsequiar hoy con una buena comida, en razón de que mañana se vuelve á Inglaterra.

— ¡ Bravo ! gritaron todos los marinos alargando su mano á Pitcaern.

Éste no comprendía nada ; creía que había desembarcado en alguna playa para él desconocida del principado de Gales.

Fodo el mundo hablaba gaélico.

Herbel le refirió lo que pasaba y lo que se había decidido sobre él y sobre su balandra.

El pobre diablo no quería creerlo.

No trataremos de dar una idea del festín, del que fueron héroes los cinco prisioneros y el bravo Pitcaern.

Pasaron la tarde en la mesa y la noche en baile.

Al día siguiente, convidados, bailarines y bailarinas, condujeron á Pitcaern á la *Bella Sofia*, la que encontró abastecida como nunca lo había estado.

Después le ayudaron á izar las velas y á levar el ancla.

Por fin, después, como el viento era favorable, salió del puerto majestuosamente al grito de ¡ vivan los bretones ! ¡ vivan los de Gales !

Y como por entonces hacía buen tiempo, es de creer que el bravo Pitcaern y la *Bella Sofia* abordaron felizmente á Inglaterra, y que el relato de esta aventura causa aun hoy día la admiración de los habitantes de la villa de Pembroke